

Capítulo 143 – Aceptándola

Esas palabras —esa aceptación silenciosa de la derrota, esa suave liberación de la obligación— tocaron algo primario y obstinado en lo más profundo de mi ser.

Apreté la mandíbula mientras la miraba, algo oscuro y posesivo brillaba en mi pecho que no tenía nada que ver con las notificaciones del sistema o los beneficios del cultivo.

Usando la telepatía Qi para mantener la conversación privada de la mirada cada vez más sospechosa de Yue, me incliné más cerca del oído de Ying Jia.

'¿Seré un hombre si no puedo reclamar a las mujeres que he visto?'

Las palabras eran crudas, vulgares, completamente inapropiadas para alguien en su condición. Pero tenían un matiz de absoluta determinación que la dejó sin aliento.

Ying Jia parpadeó y me miró, procesando la absoluta audacia de lo que acababa de decir.





Después de todo lo que había sufrido, de todos los problemas celestiales que habían caído sobre ella, aquí estaba este hombre hablando de reclamarla como si fuera un premio a ganar.

Debería haber sido insultante. Degradante.

En lugar de eso, me dirigió una mirada vacía, como si ni siquiera se molestara en mostrar disgusto, solo esa expresión de aceptación mirando hacia su cuerpo marchito.

Ni siquiera me importó.

Yo era un perverso a quien solo le importaban dos cosas al enamorarse: tenía que ser una mujer y, segundo, si me enamoraba de ella, entonces eso era todo.



Un fantasma de sonrisa se dibujó en sus rasgos demacrados cuando cerró los ojos y su voz emergió como un susurro muy débil.

"Eres extraño", murmuró, con un significado que trascendía la gratitud. "Pero no obtendrás nada de mí. Mi cuerpo ya está marchito y estoy demasiado destrozada para satisfacer tus deseos".

La declaración fue pronunciada con resignación, pero había algo más allí: un desafío, tal vez, o tal vez solo la amarga honestidad de alguien que no tenía nada que perder.

Sin embargo, lo que me importó en ese momento fue el hecho de que ella dijera esas palabras en voz alta.

«Ah, no puede usar Qi Telepático». La comprensión fue muy evidente para mí, tan evidente que ya conocía el resultado. Así que simplemente levanté la cabeza para mirar a mi esposa.

Los agudos ojos de Yue se clavaron en los míos. Su mirada verde se entrecerró peligrosamente al acercarse.

"Yue, ¿dónde están Mei y Feng?" Intenté cambiar de tema. Era lo mínimo que podía hacer ahora mismo: no dejarles saber que sentía lujuria por una mujer que ni siquiera tenía cuerpo. Aunque técnicamente lo tenía, era como piel y esqueleto.



Aunque, ¿a quién le importa? Cuando llegué a este mundo, yo también era solo piel y esqueleto. Aquí estaba, pervertido. ¿Y qué si ahora era al revés?

"¿Qué acabas de decirle exactamente?", preguntó Yue, con ese tono de voz tan agudo que la hacía pensar que estaba a tres segundos de tensar el arco. "Te juro que si acosas a una mujer moribunda, te atravesaré con una flecha..."

"Casémonos, Yue." Las palabras quedaron suspendidas en el aire como un rayo.



Todo el cuerpo de Yue se puso rígido, sus penetrantes ojos verdes se abrieron como platos mientras se quedaba boquiabierta, completamente sorprendida. El arco en sus manos tembló, casi resbalándose de sus dedos repentinamente inertes.

"¿Q-Qué?", balbuceó, mientras su compostura de guerrera se desmoronaba como un castillo de naipes. La mujer segura y feroz que hacía apenas unos segundos estaba a punto de clavarle una flecha, ahora estaba allí de pie, con el mismo aspecto que un ciervo deslumbrado.

Su rostro empezó a teñirse de un magnífico tono carmesí, desde el cuello hasta las mejillas, como vino derramado sobre seda. Su boca se abría y cerraba en silencio, intentando articular palabras que simplemente no le salían.

No pude evitar sonreír al verlo. Desvío perfecto.

"Dije", repetí con naturalidad, como si no estuviera sosteniendo a una mujer moribunda mientras le proponía matrimonio en medio del patio de un palacio, "casémonos. Ya hemos estado haciendo todo lo que hacen las parejas casadas, ¿no? ¿No deberíamos hacerlo oficial?"

El efecto fue inmediato y devastador.

Las manos de Yue se alzaron para cubrirse las mejillas ardientes, temblando por completo mientras el vapor prácticamente salía de





su cabeza. La feroz arquera, capaz de clavar una flecha en un blanco a distancias imposibles, quedó reducida a una doncella ruborizada que ni siquiera podía mirarme a los ojos.

"T-Tú..." susurró, su voz apenas audible, "¡No puedes decir cosas así!"

Incliné la cabeza con inocencia. "¿Por qué no? ¿No quieres ser mi esposa?"

Eso fue todo. Las rodillas de Yue se doblaron ligeramente y tuvo que apoyarse en un pilar cercano. Su cara estaba tan roja que me preocupó sinceramente que se desmayara por la avalancha de sangre.



Esperaba que empezara a insultarme, a insultarme con todos los insultos posibles, como solía hacer cuando la pillaba desprevenida. En cambio, se quedó allí un buen rato, cabizbaja y con los puños apretados a los costados.

Finalmente, con una voz tan baja que casi no la oí, susurró: "Bien".

Mi sonrisa se ensanchó. En fin, había olvidado por completo qué era lo que me estaba preguntando.

Desde mis brazos, vi a Ying Jia mirándome con una expresión que claramente indicaba que empezaba a comprender qué clase de hombre era yo. Sus ojos plateados reflejaban una mezcla de



incredulidad y algo que podría haber sido un respeto reticente por la audacia de mi técnica de desvío.

Me encogí de hombros y le guiñé un ojo. Su expresión no cambió, pero capté un leve tic en la comisura de su boca que podría haber sido un atisbo de diversión.

"¿Entramos entonces?", pregunté alegremente, como si no acabara de reducir a una de mis esposas a un completo desastre y fuera juzgado en silencio por un ser divino moribundo.

Yue caminaba detrás de nosotros en completo silencio, con la cabeza gacha y el rostro aún brillante como una linterna. Cada pocos pasos, me miraba de reojo y luego apartaba la mirada de inmediato, sonrojándose aún más.



Los sirvientes del palacio que se habían reunido para presenciar nuestra llegada se dispersaron rápidamente a medida que nos acercábamos, percibiendo claramente la tensión en el aire y eligiendo sabiamente no involucrarse en cualquier drama doméstico que se estuviera desarrollando.

Al entrar en la sala principal, dos figuras familiares aparecieron en uno de los pasillos laterales. Mei y Feng se acercaron juntos, ambos con expresiones de curiosidad que rápidamente se transformaron en preocupación al ver el estado de Yue.



"¿Qué le pasó a Yue?", preguntó Mei, con sus ojos oscuros abiertos de par en par por la preocupación al observar el rostro rojo brillante y el silencio de su hermana-esposa.

Los ojos azul pálido de Feng se entrecerraron mientras observaba la escena. "Parece que está a punto de estallar".

La preocupación de Mei se transformó de inmediato en travesura al comprenderlo todo. Una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios mientras se acercaba sigilosamente a Yue, que aún guardaba silencio.

"Oh Dios", ronroneó, "¿te avergüenza algo, Yue?"

El rubor de Yue de alguna manera logró profundizarse aún más.

"¿De qué podrías avergonzarte?", continuó Mei, claramente disfrutando. "A menos que... ¡Oh! ¿Te contó tu esposo lo duro que fue conmigo antes? Cómo me ensució y...?"

"Mei", la voz de Feng cortó las burlas como una cuchilla de hielo.

Pero Mei estaba entusiasmada, con los ojos llenos de travesuras. "Oh, quizá se puso más sucio con Feng. Incluso tiró su..."

"YO."

